

## ***La evolución del partido socialista (SFIO)***

**León Trotsky  
10 de julio de 1934**

(Versión al castellano desde “L'évolution du parti socialiste SFIO”, en L. Trotsky, P. Broué editor, *Oeuvres*, Tomo 4, Institut Léon Trotsky, París-Grenoble, páginas 132-137; también para las notas. *La Vérité*, 17 de agosto de 1934. Sin firma. Traducción del ruso [al francés] revisada y corregida según *Biulleten Oppositsii*, número 40, octubre de 1934. Se trata del primer signo público del “giro francés”, es decir, de la entrada de los B-L en la SFIO, que todavía no estaba decidido formalmente.)

La crisis del estado democrático burgués significa necesariamente también la crisis del partido socialdemócrata. Esta interdependencia debe ser reflexionada y analizada a fondo. El hecho de que la burguesía pase del parlamentarismo al bonapartismo no excluye todavía definitivamente a la socialdemocracia de la combinación legal de fuerzas en la que se basa el gobierno del capital. Schleicher<sup>1</sup>, como sabemos, buscó en su momento el apoyo de los sindicatos. Doumergue, a través de su Marquet<sup>2</sup>, estaba por supuesto en contacto con Jouhaux y compañía. Langeron<sup>3</sup>, bastón blanco en mano, mostró el camino tanto a los fascistas como a los socialistas. En la medida en que el partido socialista comprende que el equilibrio bonapartista depende de su propia existencia, sigue apoyándose, al menos en lo que respecta a su dirección, en este equilibrio; menospreciando al marxismo bajo el mote de “blanquismo”, y casi profesa la doctrina tolstoyana de la “no resistencia violenta al mal”. Sin embargo, esta política es tan inestable como el régimen bonapartista mediante el cual la burguesía intenta protegerse de soluciones más radicales.

La esencia del estado democrático, como sabemos, es que todo el mundo tiene derecho a decir y escribir lo que quiera, pero que, en todas las cuestiones importantes, la última palabra la tienen los grandes propietarios. Este resultado se consigue mediante una compleja combinación de concesiones parciales (reformas), ilusiones, corrupción, impostura e intimidación. Una vez agotadas las posibilidades económicas de las concesiones parciales (“reformas”), la socialdemocracia deja de ser “el principal apoyo político de la burguesía”. Esto significa que el capital ya no puede confiar en una “opinión pública” domesticada; necesita absolutamente un aparato estatal (bonapartista) independiente de las masas.

Paralelamente a estos cambios en el sistema estatal, se producen otros muy importantes en el seno de la socialdemocracia. En el ocaso del periodo del reformismo (especialmente durante los diez primeros años de la posguerra) el régimen interno de la socialdemocracia es una reproducción del régimen de la democracia burguesa; cada miembro del partido puede decir y pensar lo que quiera, pero las decisiones las toman las altas esferas del aparato, estrechamente vinculadas al estado. Como la burguesía pierde

---

<sup>1</sup> Kurt von Schleicher (1882-1934), siendo todavía un joven oficial había sido un colaborador indispensable en 1918-1919 para el general Groener y Hindenburg. Llegado a general, en 1932 encabezó el gobierno cuyo objetivo era “quebrar” al partido nazi apoyándose en una de sus fracciones, por una parte, y en los sindicatos reformistas por la otra.

<sup>2</sup> Adrien Marquet (1884-1955), dentista, diputado-alcalde de Burdeos, había abandonado la SFIO en 1933, durante la escisión de los “neos”, y se había convertido en ministro de trabajo en el gobierno Doumergue.

<sup>3</sup> Roger Langeron (1882-1966) acababa de ser nombrado prefecto de policía de París (el puesto ocupado durante mucho tiempo por Jean Chiappe) por el gobierno Doumergue y se mantendría en el puesto hasta 1940.

la posibilidad de gobernar apoyándose en la opinión pública de los explotados, los dirigentes de la socialdemocracia pierden la posibilidad de dirigir la opinión pública de su propio partido. Sin embargo, los dirigentes reformistas, a diferencia de los dirigentes de la burguesía, no disponen de ningún aparato de coacción. Por eso, *a medida que desaparece la democracia parlamentaria del estado burgués, la democracia interna del partido socialista se convierte cada vez más en una realidad.*

La crisis del estado democrático y la del partido socialdemócrata se desarrollan en paralelo, pero en direcciones opuestas. Mientras el estado, a través de la etapa bonapartista, marcha hacia el fascismo, el partido socialista, a través de una oposición “leal” casi parlamentaria, marcha hacia una lucha a muerte con el fascismo. Comprender esta dialéctica de la relación entre el estado burgués y la socialdemocracia es una de las condiciones esenciales para una correcta política revolucionaria; es precisamente en esta cuestión donde los estalinistas se han roto la cabeza.

En la etapa bonapartista por la que atraviesa Francia, los dirigentes del partido socialdemócrata hacen todo lo posible por mantenerse dentro de los límites de la legalidad (bonapartista). No pierden la esperanza de que una mejora de la situación económica y de otras circunstancias pueda conducir a una restauración del estado parlamentario. Pero, tras la experiencia de Italia, Alemania y Austria, se ven obligados a contar con otra perspectiva menos atractiva, contra la que les gustaría asegurarse garantías. Temen aislarse de las masas que exigen la lucha contra el fascismo y que esperan directrices. Como resultado, el aparato socialista se encuentra atrapado en una profunda contradicción. Por un lado, en el curso de su lucha contra la radicalización de las masas, llega a predicar ideas francamente tolstoyanas: “La violencia llama a la violencia; a las porras y los revólveres hay que oponer... la sabiduría y la prudencia”. Por otra parte, habla de la dictadura del proletariado, de la huelga general, etc., y se compromete con la política del frente único. Al mismo tiempo, se produce una diferenciación dentro del propio aparato. Las “izquierdas” se hacen cada vez más populares. Los dirigentes oficiales se ven obligados a aferrarse a Doumergue con la mano derecha (“legalidad” a toda costa) y a Marceau Pivert, Just, etc. con la izquierda. Pero la situación objetiva no permite mantener ese equilibrio. Repitémoslo: *la condición actual del partido socialista es aún menos estable que el régimen bonapartista-preventivo del estado.*

No puede haber error más peligroso en política que el de operar con ideas prefabricadas relativas a la situación anterior, a la anterior relación de fuerzas. Cuando, por ejemplo, la dirección del partido socialista reduce su tarea a exigir nuevas elecciones, traslada su política del reino de la realidad al de las sombras: “parlamento”, “gobierno”, “elecciones”, estas palabras ya no tienen el significado que tenían antes de la capitulación del régimen parlamentario el 6 de febrero<sup>4</sup>. Las elecciones, por sí solas, ya no pueden desplazar el centro de gravedad del poder; eso requeriría una oleada de masas a la izquierda capaz de superar y anular totalmente los resultados del desplazamiento a la derecha del 6 de febrero.

Pero es exactamente el mismo tipo de error el que cometen algunos camaradas que, en su evaluación del partido socialista, se guían por fórmulas prefabricadas: “reformismo”, “Segunda Internacional”, “apoyo político a la burguesía”. ¿Son correctas estas definiciones? Sí y no. Más no que sí. La vieja definición de la socialdemocracia corresponde menos a la realidad que la definición del estado actual como “república democrática parlamentaria”. Sería un error afirmar que “nada” ha quedado del parlamentarismo en Francia. En determinadas condiciones, incluso es posible un renacimiento temporal del parlamentarismo (igual que un moribundo aún tiene destellos

---

<sup>4</sup> El gobierno Daladier, nombrado en la noche del motín dimitió como es sabido al día siguiente particularmente bajo la presión de los jefes militares.

de conciencia). Pero, en conjunto, la tendencia general va ya *en sentido contrario* al parlamentarismo. Si tuviéramos que dar una definición cercana a la realidad del estado francés actual, diríamos: “Un régimen bonapartista-preventivo, oculto bajo las formas vacías del estado parlamentario y que vacila entre el campo, todavía insuficientemente fuerte, del fascismo, y el, insuficientemente consciente, del estado proletario.” Sólo una definición *dialéctica* de este tipo puede servir de base a una política justa.

Pero las mismas leyes de la reflexión dialéctica se aplican también al partido socialista que, como hemos dicho, comparte el destino del estado democrático, pero en sentido inverso. A esto hay que añadir que, en gran medida, gracias a la experiencia de Alemania y Austria, la evolución del partido socialista se anticipa incluso en cierta medida a la del estado: así es como la ruptura con los neos precedió en algunos meses al golpe de estado del 6 de febrero. Sería, por supuesto, un craso error afirmar que “nada” quedó de reformismo y patriotismo en este partido tras la escisión. Pero no es menos error hablar de *socialdemocracia* en el antiguo sentido del término. La imposibilidad, por tanto, de utilizar una definición simple, habitual, bien ajustada, es precisamente la prueba flagrante de que nos encontramos ante un partido *centrista* que, debido a la lenta evolución del país, aún reúne contradicciones completamente opuestas. Habría que ser un escolástico sin remedio para no discernir lo que realmente ocurre bajo la etiqueta de la “Segunda Internacional”. Sólo una definición dialéctica del partido socialista, es decir, sobre todo una evaluación concreta de su dinámica interna, puede permitir a los bolchevique-leninistas trazar la perspectiva correcta y adoptar una posición de acción, no de expectativa.

En ausencia de un ascenso revolucionario de las masas capaz de desplazar bruscamente el centro de gravedad político hacia la izquierda (o, mejor dicho, *antes* de tal ascenso), el poder del estado debe identificarse cada vez más abierta y brutalmente con su aparato militar y policial, el fascismo debe hacerse más fuerte y arrogante. Al mismo tiempo, deben salir a la luz los antagonismos en el seno del partido socialista, a saber, la incompatibilidad de la doctrina tolstoyana de la “no resistencia violenta al mal” con las tareas revolucionarias dictadas por el enemigo de clase. En el momento en el que se está produciendo la bonapartización del estado y se acerca el peligro del fascismo, la mayoría del partido tiene inevitablemente que radicalizarse: la diferenciación interna, que estaba lejos de ser completa, tiene que entrar en una nueva fase.

Los bolchevique-leninistas tienen el deber de decirlo muy abiertamente. Siempre han rechazado la teoría del “socialfascismo” y los métodos canallescos de la polémica en los que la impotencia teórica se combina con la mentira y la calumnia. No ven ninguna razón para enmendarse y llamar negro a lo que es blanco. Preconizamos el frente único en un momento en el que también era rechazado por los socialistas y los estalinistas. Precisamente por eso, aún hoy mantenemos una actitud crítica y realista ante la noción abstracta de “unidad”. En la historia del movimiento obrero, la delimitación ha sido a menudo la primera condición de la unidad. Para dar el primer paso hacia un frente unido, el partido socialista se ha visto obligado primero a romper con los neos. No debemos olvidarlo ni un minuto. El partido socialista sólo podrá ponerse a la cabeza de un auténtico frente único combativo y de masas si define claramente sus tareas y elimina de sus filas a los adversarios abiertos y ocultos de la lucha revolucionaria. No se trata de un “principio” abstracto, sino de una necesidad férrea, derivada de la lógica de la lucha. La cuestión no puede resolverse con giros diplomáticos, como cree Zyromsky, tratando de encontrar una fórmula para conciliar socialpatriotismo e internacionalismo. La marcha de la lucha de clases, en su fase actual, destrozará sin piedad todas las evasivas, todas las mentiras y todos los disimulos. Los trabajadores en general, y los socialistas en particular, necesitan la verdad, la verdad desnuda, y nada más que la verdad.

Los bolchevique-leninistas han formulado exactamente lo que es y lo que está por venir. Pero no han sido capaces en absoluto (hay que reconocerlo abiertamente) de llevar a cabo la tarea que se propusieron hace un año: penetrar más profundamente en las filas de los obreros socialistas, no para “darles lecciones desde lo alto”, como especialistas en estrategia que lo saben todo, sino para aprender de los obreros avanzados, espalda contra espalda, sobre la base de la experiencia de masas que conduce inevitablemente al proletariado francés por el camino de la lucha revolucionaria.

Sin embargo, para comprender mejor nuestras tareas en este terreno, debemos estudiar la evolución del partido llamado “comunista”, y esto es lo que haremos en el próximo artículo.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)